

Valeriano y Gustavo Adolfo Bécquer. *Versos, melodías y pinturas*

Edición al cuidado de Marta Palenque

Valeriano y Gustavo Adolfo

Bécquer

*Versos, melodías
y pinturas*



Sevilla 2022

COMITÉ EDITORIAL:

Araceli López Serena (Directora de la Editorial Universidad de Sevilla)

Elena Leal Abad (Subdirectora)

Concepción Barrero Rodríguez

Rafael Fernández Chacón

María Gracia García Martín

María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado

Manuel Padilla Cruz

Marta Palenque Sánchez

María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda

José-Leonardo Ruiz Sánchez

Antonio Tejedor Cabrera

CICUS:

Luis Méndez Rodríguez (Director General de Cultura y Patrimonio)

Luis F. Martínez-Montiel (Director del Secretariado de Patrimonio)

José Antonio Fernández Cruz (Jefe de Servicio de Cultura)

Carmen Santiago (Jefa de Servicio de Patrimonio)

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

© Editorial Universidad de Sevilla 2022

C/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.

Tlíf.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443

Correo electrónico: eus4@us.es

Web: <https://editorial.us.es>

© Marta Palenque (editora) 2022

© De los textos, sus autores 2022

© de las imágenes, los titulares de las mismas

ISBN: 978-84-472-2425-8

Depósito Legal: SE 2461-2022

Diseño gráfico y maquetación: estudio Manuel Ortiz

Impresión y encuadernación: Imprenta Sand

Primera edición impresa 2022

Cubierta: *Gustavo Adolfo Bécquer leyendo en Venuela*, h. 1864,
por Valeriano Bécquer. @Biblioteca Nacional de España.

ÍNDICE

ENSAYOS

- ROGELIO REYES CANO
Francisco Rodríguez Zapata, maestro de Bécquer [15]
- JESÚS RUBIO JIMÉNEZ
Valeriano Bécquer ilustrador de *Corte y cortijo*,
novela de costumbres contemporáneas, de Antonio Hurtado [27]
- ROCÍO PLAZA ORELLANA
Gustavo Adolfo Bécquer y Manuela Perea «La Nena» [69]
- EMILIO JOSÉ OCAMPOS PALOMAR
La luminosa estela de Bécquer: Manuel Reina y Salvador Rueda [109]
- TERESA SAURET
Gustavo Adolfo Bécquer dibujante.
Un itinerario desde el Romanticismo al Simbolismo y otras poéticas [131]

HOMENAJE AL HISPANISTA ROBERT PAGEARD (1927-2020)

- Robert Pageard, hispanista y estudioso de Gustavo Adolfo Bécquer [193]
- Un breve texto inédito de Robert Pageard:
«Bécquer en las historias de la literatura española a inicios del siglo XX:
James Fitzmaurice-Kelly (1898) y Ernest Mérimée (1908)» [205]

DOCUMENTOS BECQUERIANOS EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

- MARTA PALENQUE
Cartas de Julia Bécquer a Santiago Montoto (1935-1936) [211]

ENSAYOS

Francisco Rodríguez Zapata, maestro de Bécquer

Rogelio Reyes Cano | *Universidad de Sevilla*

El milagro poético de las *Rimas*, con su superación del lenguaje poético del Romanticismo y su apertura a la modernidad simbolista, fue, naturalmente y en primer lugar, un producto de la genialidad de Bécquer, pero también el resultado de un proceso de formación que se inicia desde los mismos años de la adolescencia del poeta —el primer poema conocido lo escribe con doce años— y en el que tuvo mucho que ver el ambiente literario que Bécquer había vivido en la Sevilla de los años 40 y 50 del siglo XIX, inmediatamente antes de su marcha a Madrid en 1854.

En aquellos años culturalmente Sevilla era una ciudad significada por el protagonismo y el peso de las academias, que entonces eran la punta de lanza de la modernidad literaria y el cauce que encontraron los espíritus más inquietos para innovar fuera de las aulas universitarias, todavía muy controladas por el poder eclesiástico y muy proclives a un sistema de enseñanza muy formalizado (al respecto, Reyes Cano, 2018). Algunas de aquellas academias eran públicas, como las de Medicina y Buenas Letras, que habían sido fundadas en el siglo XVIII. Otras eran privadas, como la Horaciana y la Particular de Letras Humanas, animadora del *Correo literario*, un importante órgano de prensa con mucha dedicación a la poesía. Estaba también la Sociedad Patriótica de Amigos del País, estimulada en la segunda mitad del XVIII por el asistente Pablo de Olavide.

Todas estas iniciativas culturales fueron impulsadas por un importante sector del alto clero, con figuras tan notables como Manuel María de Arjona, José Reinoso, Alberto Lista, Manuel María del Mármol o José Blanco-White, personas que en mayor o menor medida sufrirían una crisis de conciencia entre su fidelidad a la Iglesia y su afán por conectar con las ideas modernas. En lo que respecta a su influencia sobre Bécquer, que era todavía un niño cuando estos autores estaban en la cima de la cultura sevillana, la nota fundamental es que ese espíritu academicista había generado una amplia actividad poética en la que se formaría el autor de las *Rimas*. Se trataba por lo general de una poesía muy culta, con mucho decoro verbal, y conceptualmente todavía muy en la línea de los modelos ilustrados: verso largo y mucha carga retórica, aunque —y es este un dato muy a tener en cuenta— algunos de esos autores, como Lista y Mármol, cultivaron también los metros cortos de aliento popular, especialmente la seguidilla, detalle que puede darnos algunas claves del gusto de Bécquer por la futura



Fig. 1

Retrato de Alberto Lista (1849),
por Joaquín Domínguez Bécquer.
Litografía de la Sociedad de la
Revista Médica (Cádiz). Biblioteca
Nacional de España.

simplificación formal de sus poemas y el parentesco con algunas formas del cante flamenco (fig. 1).

En la imitación de esos modelos poéticos se formó Bécquer, quien, antes de las *Rimas*, que escribió tras su llegada a Madrid, había escrito un conjunto de poemas de corte retórico y muy culturalistas que evidenciaban muy a las claras la dependencia de aquellos maestros sevillanos. Estos poemas constituyen la auténtica prehistoria lírica de Bécquer (Reyes Cano, 1995), cuyo enlace con la novedad de las *Rimas* está en la «Oda a Quintana» que el poeta sevillano escribió estando ya en la capital de España. De todo aquel grupo de poetas académicos que vivían en Sevilla recibió sus primeros estímulos para escribir sus versos. Pero hubo dos de ellos que influyeron más directamente en su vocación literaria siendo Bécquer todavía un adolescente. Uno fue el sacerdote y maestro suyo Francisco Rodríguez Zapata, con quien mantuvo una relación más estrecha (Ruiz Lagos, 1969 y 1974), y el otro Alberto Lista, cuyo enorme prestigio, ya en los años finales de su existencia, influyó en todos cuantos en Sevilla se aprestaban a escribir poesía.

Francisco Rodríguez Zapata, nacido en 1813, era natural del pueblo sevillano de Alanís de la Sierra y estudió en el seminario de Sevilla protegido por su tío el presbítero Francisco Zapata. En 1830 es ya bachiller en Teología y, tras ordenarse de menores, accederá a la condición sacerdotal en 1837. Su licenciatura y doctorado los realiza bajo la dirección de Alberto Lista, y en los años 40 publica ya varios poemas en algunas revistas de la ciudad, entre ellos los titulados «A Jehová», en la revista *El Paraíso*, y la oda a «Las Nubes», en la que M. Ruiz Lagos (1974: 284-285) encuentra con toda razón, como después veremos, bastantes paralelismos con la futura rima LII (*Olas gigantes...*) de Bécquer. En diciembre de 1839 ingresó en la Real Academia Sevillana de Buenos Letras, entonces dirigida por Manuel María del Mármol, de la que se retira en 1862 por desavenencias internas, para volver de nuevo a incorporarse a su nómina de numerarios en 1875. Murió en 1889, bastantes años más tarde que Gustavo. A su muerte dejó escrita una obra poética abundante, sobre todo sonetos, unas veces publicada en libros autónomos, otras en diferentes revistas literarias y en otras permanece inédita en el libro de sesiones de

la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, donde sus textos fueron leídos por él mismo¹.

De perfil liberal moderado en política, en 1843 se había adherido a la Junta formada para defender Sevilla contra el general Espartero y después de impartir clases en el colegio de San Diego, donde se formó Valeriano Bécquer, el hermano del poeta, en 1847 fue nombrado catedrático de Retórica y Poética del Real Colegio de San Telmo, un centro donde se estudiaba la carrera de náutica continuando la función de la antigua Universidad de Mareantes situada en la trianera calle Pureza. Ubicado en el actual palacio de San Telmo, aquel colegio fue después sede de la corte de Luisa Fernanda y el duque de Montpensier, lo que ocasionó el cierre del mismo y la dispersión de sus escolares, entre ellos el jovencísimo Gustavo Adolfo.

Fue ese mismo año de 1847 en el que Bécquer, siendo todavía un niño, superó con la calificación de Sobresaliente la prueba de ingreso a Primeras Letras en el referido centro, en el que tenían derecho preferente los hijos de antiguas familias de cierto relieve social venidas a menos. Destinado, pues, a cursar la carrera de marino mercante, el poeta, con solo diez años, se inició en los estudios de latinidad de la mano de Rodríguez Zapata. También en los estudios de Retórica, materia que sin duda tuvo que despertar en Bécquer las primeras inquietudes literarias. En esta última asignatura los alumnos tenían que ejercitarse en las composiciones tanto en verso como en prosa, y era obligado un esfuerzo nemotécnico para memorizar poemas y fragmentos de prosa como práctica habitual en las clases.

A tal efecto, Rodríguez Zapata había confeccionado unos llamados *Trozos en prosa y composiciones poéticas* que, más tarde, llegaría a publicar. Se trataba de una antología de escritos españoles del pasado. Bécquer debió, pues, de iniciarse en la apreciación literaria leyendo aquellos ejemplos seleccionados por su maestro. Y debió de tener la mente muy ejercitada en el ritmo y la musicalidad de los versos memorizados. Solo esto puede explicar que con doce años fuese capaz de componer la «Oda a Alberto Lista», su primer poema conocido, con motivo de la muerte en Sevilla del gran

1. El lector interesado podrá conocer las diferentes ediciones y la ubicación de su obra poética en los dos estudios citados de M. Ruiz Lagos, al que debemos la meritoria investigación sobre la persona y la obra de Rodríguez Zapata y el análisis y clarificación de sus textos.

maestro de las letras españolas. Un texto escrito en estrofas sáfico-adónicas con toda la carga retórica y toda la altisonancia dominante en aquella poesía académica que, sin duda, le sirvió de modelo para iniciarse en el quehacer lírico. También fue Bécquer discípulo directo de Rodríguez Zapata cuando, clausurada la escuela de náutica, el maestro pasó a dictar sus clases en el recién creado Instituto General y Técnico (actual San Isidoro) ubicado en el desamortizado convento de San Pedro de Alcántara.

Al morir Lista en 1848, Rodríguez Zapata participa en una *Corona poética* (1849) en honor del maestro con un soneto «cuya factura recuerda enormemente los versos suscritos por el mismo Bécquer en la misma luctuosa ocasión» (Ruiz Lagos, 1974: 255), prueba del ascendiente que el antiguo profesor del colegio de náutica ejercía sobre su joven discípulo. La comparación entre los dos textos evidencia, en efecto, concomitancias muy explícitas, sobre todo en el arranque exclamativo, en el tono funeral y lacrimógeno y en la apelación a la mitología. El lector podrá comprobarlo fácilmente confrontando ambos poemas:

«SONETO» DE RODRÍGUEZ ZAPATA

¡Licio murió! La Bética ribera
no escucha de su vate el dulce acento,
ni sube al estrellado firmamento
la voz sublime del moderno Herrera.
Apagada su fúlgida lumbrera,
perdido para siempre su ornamento,
la historia lanza fúnebre lamento,
las ciencias paran su inmortal carrera.
Con abundosas lágrimas empaña
la alma virtud su cándido semblante,
hiere su seno desolada España.
Solo el Olimpo, cual jamás radiante,
do quier de sacro júbilo se baña,
¡LICIO! ostentando en letras de diamante
(*Corona...*, 1849: 39-40).

FRAGMENTO DEL POEMA DE BÉCQUER

Lágrimas de pesar verted y el rostro
en señal de dolor cubrid, doncellas,
las liras destemplad y vuestros cantos
lúgubres suenen.

La vil ceniza del cabello cubra
los sueltos rizos que, volando al aire,
digan al par que vuestros ayes tristes:
«Murió el Poeta».

¿Oís? «¡Murió!», repiten asustadas,
con flébil voz, las Musas y, aterrado,
también Apolo con dolor repite:
«Murió por siempre».

Pero mirad, mirad. Ya Melpómene
de entre el lloroso grupo se levanta,
toma la lira y con acento triste
canta; escuchemos.

«¿Quién cortó —dice— la preciosa vida
del cisne de la Bética? ¿Qué mano
impía, de las ondas siempre claras
del Betis arrancó su amado hijo
¿Quién fue el osado? [...] (fig. 2).

No es este el único poema de Bécquer en el que pueden encontrarse claras similitudes con algunos textos de Rodríguez Zapata. M. Ruiz Lagos (1974: 258-259) las ha detectado también en el poema que Rodríguez Zapata, que en aquel entonces tenía la dignidad de capellán real, escribió en 1862 con motivo de una visita de la reina Isabel II a la ciudad de Sevilla. Se trata de la descripción del interior de un templo «de gótica, severa arquitectura» —la catedral de Sevilla—, en la que se invita a la reina a experimentar los mensajes de los sentidos en una atmósfera de elevación sagrada:



Fig. 2
Cubierta de la *Corona poética*
dedicada a Alberto Lista.
Sevilla, 1849.

Entrad, Señora, en el famoso templo
de colosal grandeza,
de la antigua piedad sublime ejemplo,
y de española alteza. [...]
Sus naves recorred, donde el incienso
en nubes se levanta
al altísimo trono del Inmenso
con la plegaria santa. [...]
Y del órgano místico a los sonos
y a los sacros cantares,
llanto de amor en vivas emociones
llevad a los altares. [...]
¡Aquí el sepulcro de Fernando Santo
adorad prosternada!
Ved su cetro y corona y regio manto
y su temida espada...

En la rima LXXVI de Bécquer veremos también la creación de una atmósfera muy parecida en el templo descrito por el poeta:

En la imponente nave
del templo bizantino
vi la gótica tumba a la indecisa
luz que temblaba en los pintados vidrios. [...]

Hay poemas de Zapata en los que abundan recursos expresivos que, más tarde, aparecerán con frecuencia en las rimas becquerianas, entre ellos el paralelismo y el pie quebrado. Ruiz Lagos los señala en el texto del sacerdote sevillano dedicado a Nicomedes Pastor Díaz. He aquí una muestra palpable del segundo de esos recursos:

El himno dulce de la muerte canta
tan grato y tan amable al corazón,
cual en mustia agonía el alma santa
celeste aparición...²

Y otros en los que pueden detectarse también posibles anticipaciones en la estructuración futura de las *Rimas*. Tal vez el caso más evidente esté en el poema «Las Nubes», publicado en la *Revista Andaluza*, en 1841, en el que Zapata se dirige a estas con un esquema compositivo muy parecido al que Bécquer emplea en la rima LII para dirigirse a las olas, a las ráfagas de viento y a las mismas nubes con el ruego de ser arrastrado por ellas: «a donde el vértigo / con la razón me arranque la memoria». Y aunque la elevación retórica de «Las Nubes» es mayor que en el poema de Bécquer, ambos coinciden en el uso insistente de la adjetivación antepuesta y en la llamada angustiada a las fuerzas de la naturaleza. He aquí algunos fragmentos del texto de Rodríguez Zapata:

2. «Elegía a N. Pastor Díaz», en Ruiz Lagos, 1974: 286.

Pardas nubes, aliento de los mares,
vuestro lúgubre aspecto no me aterra,
y os dirijo tranquilo mis cantares
desde la cumbre de la alzada sierra. [...]
Bajad en confusión: cubrid mi frente
con vuestro manto aterrador, sombrío;
y vuestro seno pasará ferviente
en rudos sonos el acento mío. [...]
Llevadme en vuestras alas a do el viento
que ahora silba no extienda sus furoros;
donde el dorado sol tenga su asiento,
y el trono de Jehová sus resplandores. [...]
Llevadme, sí, mi corazón palpita,
y estallar quiere en la mansión del llanto;
y ardiente sed en mi interior se agita
de escuchar de los ángeles el canto...³

El poema de Bécquer (rima LII), más personal, más intimista, más depurado en su perfil retórico y de mayor aliento lírico, ofrece, sin embargo, una *dispositio* idéntica al de su maestro, con ese apóstrofe reiterado una y otra vez («Llevadme») como *conclusio* a la *enumeratio* de los primeros versos:

Olas gigantes que os rompéis bramando
en las playas desiertas y remotas,
envuelto entre la sábana de espumas,
¡llevadme con vosotras!
Ráfagas de huracán que arrebatáis
del alto bosque las marchitas hojas,
arrastrado en el ciego torbellino,
¡llevadme con vosotras!

3. «Las Nubes», *Revista Andaluza* (1841: 140). Citado en Ruiz Lagos, 1974.

Nubes de tempestad que rompe el rayo
 y en fuego encienden las sangrientas orlas,
 arrebatado entre la niebla oscura,
 ¡llevadme con vosotras!
 Llevadme, por piedad adonde el vértigo
 con la razón me arranque la memoria.
 ¡Por piedad!... ¡Tengo miedo de quedarme
 con mi dolor a solas!

Basten estos pocos casos como muestras de hasta qué punto cuando Bécquer, tras su llegada a Madrid en 1854, vislumbra el milagro poético de las *Rimas*, llevaba en sus oídos la sonoridad y los esquemas compositivos de Rodríguez Zapata y otros maestros sevillanos del momento; la cuidada adjetivación, los sintagmas y emparejamientos formales que él depura e introduce en sus nuevos poemas de factura breve y concisión máxima. Todavía está por cotejar en toda su extensión cómo muchos de esos esquemas



Fig. 3
 Portada de un programa
 docente de Francisco
 Rodríguez Zapata
 (Sevilla, 1846). En BUS, H
 Ca. 128/031.

expresivos heredados se insertan sin violencia alguna en el nuevo orden poético creado por el discípulo y sirven para la nueva cosmovisión lírica de aliento simbolista. En mi opinión, el puente entre los poemas de escuela escritos por el joven Gustavo Adolfo en Sevilla y sus primeras rimas es palpable en su «Oda a Quintana», publicada en 1855, recién llegado a Madrid, en la *Corona poética* que sus amigos dedicaron a este poeta con motivo de su coronación pública (ver Reyes Cano, 1995: 78-84) (fig. 3).

No extraña que el joven Bécquer mencione, con gran respeto, al maestro Rodríguez Zapata en la carta que remitió a su protector Juan José Bueno recién llegado a Madrid, el 18 de octubre de 1854:

[...] Yo le había indicado que si por su influencia o sus relaciones podía buscarme una colocación: bien en un periódico, en la biblioteca o en cualesquiera otra parte, a fin de contar con alguna cosa en tanto concluía y estudiaba sobre algunos trabajos de más importancia que tengo emprendidos, y que el Sr. D. Francisco Zapata me alentó a proseguir. [...]

En cuanto a la composición que le envío no es de las más esmeradas que he hecho; pues estas son un pequeño Poemita y la tragedia clásica que estoy concluyendo: cosas imposibles de enviar en una carta.

Al Señor de Zapata le gustó la idea de esa y por esto se la enseño rogándole encarecidamente me escriba cuatro letras emitiendo su parecer y señalándome algunos de los muchos defectos en que habré incurrido al escribirla y que por ese cariño de padre no conoce uno en sus obras⁴.

4. Se moderniza la ortografía en la copia. Se reproduce la carta en Montoto (16/6/1932) y Palenque (2008).

Este libro se terminó de imprimir
el 24 de diciembre de 2022, coincidiendo con la fecha en que el pintor José Casado del Alisal
y los escritores Augusto Ferrán, Ramón Rodríguez Correa y Narciso Campillo
se reunieron para proyectar la edición de la obra
de los hermanos Bécquer.